BENITO MUSSOLINI

LA DOCTRINA DEL FASCISMO

EDITORIAL VALLECCHI



LA DOCTRINA DEL FASCISMO

BENITO MUSSOLINI
LA DOCTRINA DEL FASCISMO
2ª EDICIÓN

Traducción de A. DABINI
EDITORIAL VALLECCHI FLORENCIA
Firenzo, 1937. XVI Stab. Grafici A. Vallecchi, Víale dei Mille, 72.
Digitalizado por el proyecto Ofensiva

IDEAS FUNDAMENTALES

I. El fascismo como doctrina

Como toda concepción política vital, el fascismo es práctica y es pensamiento, acción animada por una doctrina inmanente, y doctrina que, surgiendo de un sistema dado de fuerzas históricas, no se desliga de él, sino que obra en él desde dentro (1). Tiene, pues, una forma correlativa a las contingencias de lugar y de tiempo, pero a la vez posee un contenido ideal que, en la historia superior del pensamiento, es la fórmula de una verdad (2). En el mundo no es posible actuar espiritualmente como voluntad humana dominadora de voluntades, sin poseer un concepto de la realidad transeúnte y particular sobre la cual se debe obrar, y de la realidad permanente y universal en la cual tiene la primera la razón de su ser y de su vida. Para conocer a los hombres, es preciso conocer al hombre ; y para conocer al hombre, es preciso conocer la realidad y sus leyes. No existe concepto del Estado que no sea fundamentalmente concepto de la vida : filosofía o intuición, sistema de ideas que se desarrolla en una construcción lógica o que se recoge en una visión o en una fe, pero que, por lo menos virtualmente, será siempre una concepción orgánica del mundo.

II. Concepción espiritualista del Fascismo

Así, no se podría entender el fascismo en muchas de sus actitudes o exteriorizaciones prácticas, como organización de partido, como sistema de educación, como disciplina, si no se las contemplase a la luz de su modo general de concebir la vida. Modo espiritualista (3). Para el fascismo, el mundo no es este mundo material que aparece en la superficie, en que el hombre es un individuo separado de todos los otros, y está gobernado por una ley natural que lo impulsa instintivamente a vivir una vida de placer egoísta y momentáneo. El hombre del fascismo es el individuo que es nación y patria, ley moral que une a los individuos y a las generaciones en una tradición y en una misión, que suprime el instinto de la vida encerrada en el reducido límite del placer para instaurar en el deber una vida superior, libre de límites de espacio y de tiempo : una vida en la cual el individuo, en virtud de su abnegación, del sacrificio de sus intereses particulares, y aún de su misma muerte, realiza aquella existencia, totalmente espiritual, en la que consiste su valor de hombre.

III. Espiritualismo fascista y positivismo

Se trata, pues, de una concepción espiritualista, que ha surgido, como las demás, de la reacción general del siglo contra el positivismo flojo y materialista del siglo pasado. Es concepción antipositivista, pero positiva : no escéptica, ni agnóstica, ni pasivamente optimista, como son, por lo general, las doctrinas (negativas, todas) que sitúan el centro de la vida fuera del hombre, quien, con su libre voluntad, puede y debe crearse su propio mundo. El fascismo quiere al hombre activo y dedicado a la acción con todas sus energías ; quiere que sea virilmente consciente de las dificultades existentes, y que esté dispuesto a afrontarlas. Concibe la vida como lucha, considerando que le toca al hombre mismo conquistarse la vida que sea realmente digna de él, creando para ello, ante todo, en sí mismo el instrumento (físico, moral, intelectual) para edificarla. Así como esta concepción se refiere al individuo aisladamente, así también se refiere a la nación, y, más aún, a la humanidad (4). De aquí el elevado valor de la cultura en todas sus formas — arte, religión, ciencia (5) — y la grandísima importancia de la educación. De aquí también el valor esencial del trabajo, con que el hombre vence a la naturaleza y crea el mundo humano (económico, político. Moral, intelectual).

IV. El Fascismo como concepción ética

Esta concepción positiva de la vida es, evidentemente, una concepción ética. Y abarca a toda la realidad, y no ya solamente a la actividad humana que la domina. Ninguna acción se substrae al juicio moral; nada en el mundo puede despojarse del valor que a todo compite en función de sus fines morales. Por lo tanto, la vida, tal como la concibe el fascista, es seria, austera, religiosa : enteramente librada en un mundo sostenido por las fuerzas morales y responsables del espíritu. El fascista desprecia la vida « cómoda » (6).

V. El Fascismo como concepción religiosa

El fascismo es una concepción religiosa (7) que considera al hombre en su relación inmanente con una ley superior, con una Voluntad objetiva que trasciende del individuo particular y lo eleva con vertiéndolo en miembro consciente de una sociedad espiritual. Todo aquel que ante la política religiosa del régimen fascista se ha detenido en consideraciones de mera oportunidad, demuestra no haber comprendido que el fascismo, además de ser un sistema de gobierno, es también, y sobre todo, un sistema de pensamiento.

VI. El Fascismo como concepción histórica

El fascismo es una concepción histórica, según la cual el hombre no es lo que es sino en función del proceso espiritual a que contribuye, en el grupo de la familia y de la sociedad, en la nación y en la historia, a la que todas las naciones colaboran. De aquí el gran valor que asigna a la tradición en las memorias, en el lenguaje, en las costumbres, en las normas de la vida social (8). Fuera de la historia, el hombre no es nada. Por esto, el fascismo es contrario a todas las abstracciones individualistas, de base materialista, tipo siglo XVIII, y a todas las utopías e innovaciones jacobinas. El fascismo no cree que sea posible la «felicidad » sobre la tierra, tal como la soñó la literatura de los economistas del siglo XVIII, y rechaza, por lo tanto, todas las concepciones teológicas según las cuales, en un determinado período de la historia, habría de producirse una sistematización definitiva del género humano. Esto significa colocarse fuera de la historia y de la vida que es continuo fluir y devenir. El fascismo, políticamente, entiende ser una doctrina realista ; prácticamente, aspira a resolver solamente los problemas que se plantean históricamente por sí mismos y que por sí mismos encuentran o sugieren su propia solución (9). Para obrar entre los hombres, así como en la naturaleza, es necesario penetrar en el proceso de la realidad y posesionarse de las fuerzas actuantes (H*).

VII. Fascismo y liberalismo

Siendo antiindividualista, la concepción fascista se pronuncia por el Estado ; y se pronuncia por el individuo en cuanto éste coincide con el Estado, que es conciencia y voluntad universal del hombre en su existencia histórica (11). Está en contra del liberalismo clásico, que surgió de la necesidad de reaccionar contra el absolutismo y que terminó su función histórica desde que el Estado se transformó en la conciencia y voluntad populares. El liberalismo negaba al Estado en interés del individuo particular ; el fascismo reconfirma al Estado como verdadera realidad del individuo (12). Y si la libertad ha de ser atributo del hombre real, y no de aquel abstracto fantoche en el cual pensaba el liberalismo individualista, el fascismo se pronuncia por la libertad. Se pronuncia por la única libertad que puede ser una cosa seria, a saber, la libertad del Estado y del individuo en el Estado (13). Ello, en razón de que, para el fascista, todo reside en el Estado, y nada que sea humano o espiritual existe, y tanto a menos tiene valor, fuera del Estado. En este sentido, el fascismo es totalitario, y el Estado fascista, síntesis y unidad de todos los valores, interpreta, desarrolla e incrementa toda la vida del pueblo (14).

VIII. Fascismo y socialismo

Ni individuos, ni grupos (partidos políticos, asociaciones, sindicatos, clases) fuera del Estado (15). Por ello, el fascismo es contrario al socialismo, el cual reduce e inmoviliza el movimiento histórico en la lucha de clase e ignora la unidad del Estado que puede reunir a las clases armonizándolas en una sola realidad económica y moral; análogamente, es contrario al sindicalismo de clase. Pero el fascismo entiende que, en la órbita del Estado ordenador, las reales exigencias que dieron origen al movimiento socialista y sindicalista sean reconocidas, y, efectivamente, les asigna una función y un valor en el sistema corporativo de los intereses conciliados en la unidad del Estado (16).

IX. Fascismo y democracia

Los individuos son clases según las categorías de intereses ; son sindicatos según las actividades económicas cointeresadas diferenciadas ; pero son, ante todo y sobre todo, Estado. El cual no es número como suma de individuos que componen la mayoría de un pueblo. Y por eso el fascismo se opone a la democracia, que confunde al pueblo con la mayoría, rebajándolo al nivel de los más; (17) pero el fascismo es la más franca de las democracias, toda vez que se conciba al pueblo, como debe concebírselo, cualitativamente,

y no cuantitativamente, como la idea más poderosa por ser más moral, más coherente, más verdadera, que se traduce en el pueblo como consciencia y voluntad de pocos, antes bien, de Uno, y como ideal tiende a concretarse en la consciencia y en la voluntad de todos (18). Es decir, de todos aquellos que, por naturaleza e historia, son llevados étnicamente a constituir una nación, siguiendo la misma línea de desarrollo y de formación espiritual, como una consciencia y una voluntad sola. No se trata aquí de raza, ni de región geográficamente identificada, sino de estirpe que se perpetúa históricamente, de multitud unificada por una idea, que es voluntad de existencia y de potencia : vale decir, consciencia de sí, personalidad (19).

X. Relación entre Estado y Nación

Esta personalidad superior es nación en cuanto es Estado. No es la nación la que engendra al Estado, según afirmaba el gastado concepto naturalista que sirvió como base a la publicidad de los Estados nacionales del siglo XIX. Por el contrario, el Estado crea a la nación, dando al pueblo, consciente de su propia unidad moral, una voluntad, y, por lo tanto, una efectiva existencia. El derecho de independencia que tiene una nación no procede de una literaria e ideal conciencia de su propio ser, y tanto menos de una situación de hecho más o menos inconsciente e inerte, sino de una conciencia activa, de una voluntad política en función y dispuesta a demostrar su propio derecho: vale decir, de una especie de Estado *ya infieri*. Y en efecto, como voluntad ética universal, el Estado es creador del derecho (20).

XI. El Estado en el mundo

La nación como Estado es una realidad ética que existe y vive en cuanto se desarrolla. Su cristalización significa su muerte. Por esto, el Estado no es solamente autoridad que gobierna y da forma de ley y valor de vida espiritual a las voluntades individuales, sino que es también potencia que hace valer su propia voluntad en el exterior, haciéndola reconocer y respetar, o sea, demostrando con los hechos su universalidad en todas las determinaciones necesarias de su desenvolvimiento (21). De aquí, organización y expansión, por lo menos virtuales. Y es así como puede adaptarse a la naturaleza de voluntad humana, que en su desarrollo no conoce barreras, y que se realiza probando su propia infinidad (22).

XII. Carácter totalitario del Estado fascista

El Estado fascista, siendo la forma más elevada y poderosa de la personalidad, es fuerza, pero en sentido espiritual. Esta fuerza resume todas las formas de la vida moral e intelectual del hombre. Por lo tanto, no se la puede limitar a simples funciones de orden y de tutela, como pretendía el liberalismo. No es un simple mecanismo que limite la esfera de las presuntas libertades individuales. Es forma y norma interior, y disciplina de toda la persona ; penetra la voluntad como la inteligencia. Su principio, inspiración central de la personalidad humana que vive en la comunidad civil, desciende hasta lo hondo y se anida en el corazón del hombre de acción como en el del pensador, en el del artista lo mismo que en el del sabio : alma del alma.

XIII. El Estado fascista como Estado educador

En resumen, el fascismo no es solamente dador de leyes y fundador de instituciones, sino también educador y promotor de vida espiritual. Entiende, no ya rehacer las formas, sino el contenido de la vida humana, el hombre, el carácter, la fe. Y para tal fin, pretende disciplina, y autoridad que penetre en los espíritus y domine en ellos sin reparo. Por eso su insignia es el haz lictorio, símbolo de la unidad, de la fuerza y de la justicia.

DOCTRINA POLÍTICA Y SOCIAL

I. Origen de la doctrina

Cuando, en el ya lejano marzo de 1919, desde las columnas del *Popolo d`Italia* convoqué en Milán a los supérstites intervencionistas-intervenidos, que me habían seguido desde la constitución de los Fascios de acción revolucionaria — que tuvo lugar en enero de 1915 — no había en mi espíritu ningún plan doctrinario. Yo traía en mí la experiencia vivida de una sola doctrina: la del socialismo, de 1903-04 al invierno de 1914 : aproximadamente una década. Experiencia de gregario y de jefe, pero no experiencia doctrinaria. Mi doctrina, incluso en aquel período, había sido la doctrina de la acción. Una doctrina unívoca, universalmente aceptada, del socialismo, ya no existía a partir de 1905, cuando comenzó en Alemania el movimiento revisionista capitaneado por Bernstein, formándose por contraste, en el vaivén de las tendencias, un movimiento de izquierda revolucionario, que en Italia jamás salió del campo de las frases, mientras que, en el socialismo ruso, fué preludio del bolcheviquismo Reformismo, revolucionarismo, centrismo : de toda esta terminología, hasta los ecos se han extinguido, en tanto que en el gran río del fascismo encontraréis las corrientes que nacen de Sorel, del Lagardelle del *Mouvement Socialiste*, de Péguy, y de la cohorte de los sindicalistas italianos, que entre 1904 y 1914 pusieron una nota novedosa en el ambiente socialista italiano, ya debilitado y cloroformizado por la fornicación giolittiana, con las *Pagine libere* («Páginas libres») de Olivetti, *La Lupa* («La Loba ») de Orano, *Il Divertiré Sociale* (« El Devenir Social») de Enrico Leone.

En 1919, terminada la guerra, el socialismo ya estaba muerto como doctrina : sólo existía aún como rencor, sólo tenía aún una sola posibilidad, particularmente en Italia : la represalia contra aquellos que habían querido la guerra y que debían « expiarla ». El Popolo d`Italia traía como subtítulo « cotidiano de los combatientes y de los productores ». La palabra «productores » constituía ya la expresión de una orientación mental. El fascismo no salió de una teoría elaborada precedentemente, sobre el papel: nació de una necesidad de acción y fué acción ; durante los dos años primeros, no fué partido, sino antipartido y movimiento. El nombre que yo di a la organización, definía los caracteres de la misma. El que lea, en los periódicos ya amarillentos de la época, la crónica de la reunión constitutiva de los Fascios italianos de combate, no hallará una doctrina, sino una serie de motivos, de anticipaciones, de alusiones y bosquejos que, libres de la inevitable ganga de las contingencias, al cabo de algunos años debían desarrollarse en una serie de posiciones doctrinarias que hacían del fascismo una doctrina política con fisonomía bien definida, en comparación con todas las demás, pasadas o contemporáneas. « Si la burguesía cree que nosotros le serviremos de pararrayos, se engaña», decía yo entonces. «Nosotros debemos ir al encuentro del trabajo.... Queremos acostumbrar a las clases obreras a la capacidad directiva, y ello incluso para convencerlas de que no es fácil hacer que marche una industria o un comercio. Combatiremos al retaguardismo técnico y espiritual.... Abierta la sucesión del régimen, nosotros no debemos aparecer inactivos. Debemos correr; si el régimen queda superado, nosotros tenemos que ocupar su lugar. El derecho de sucesión nos viene de que hemos impulsado al país a la guerra y lo hemos llevado a la victoria. La representación política actual no puede bastarnos, queremos una representación directa de los diversos intereses.... Contra este programa, se podría decir que volvemos a las corporaciones. No importa.... Por esto, yo quisiera que la asamblea aceptara las reivindicaciones del sindicalismo nacional desde el punto de vista económico.... ».

¿ No es singular el hecho de que ya en la primera jornada de la plaza San Sepolcro, resuene la palabra «corporación», que en el curso de la revolución tenía que llegar a significar una de las creaciones legislativas y sociales fundamentales del régimen ?

II. Desarrollo.

Los años anteriores a la Marcha sobre Roma, fueron años durante los cuales las necesidades de la acción no permitieron estudios ni elaboraciones doctrinarias completas. Se luchaba en las ciudades y en las aldeas. Se discutía, pero — y es lo sagrado y lo que realmente importa — también se moría. Se sabía morir. La doctrina — lista, dividida en capítulos y párrafos y con todo su contorno de elucubraciones — podía faltar; pero algo que era mucho más decisivo la substituía : la fe. Empero, quien sepa rememorar valiéndose de libros, artículos, votos de congresos y discursos mayores y menores, quien sepa indagar y escoger, hallará que los fundamentos de la doctrina fueron asentados en tanto que arreciaba la lucha. Fué precisamente durante aquellos años cuando también el pensamiento fascista se armó, se refino, procedió hacia su organización. Los problemas del individuo y del Estado ; los problemas de la autoridad y de la libertad ; los problemas políticos y sociales y los problemas específicamente nacionales ; la lucha contra las doctrinas liberales, democráticas,

socialistas, masónicas, popularescas, se libró contemporáneamente a las « expediciones punitivas ». Pero comoquiera que faltó el « sistema », los adversarios en mala fe negaron al fascismo toda capacidad de doctrina, mientras que la doctrina venía surgiendo, tumultuosamente al principio bajo el aspecto de negación violenta y dogmática, como ocurre con todas las ideas incipientes, y después bajo el aspecto positivo de una construcción que halló sucesivamente, en los años 1926, 1927 y 1928, su realización en las leyes e instituciones del régimen.

El fascismo está hoy netamente identificado, no solamente como régimen, sino también como doctrina. Esta palabra debe interpretarse en el sentido de que actualmente el fascismo, ejercitando su crítica sobre sí mismo y sobre los otros, posee un propio e inconfundible punto de vista, de referencia — y por lo tanto de dirección — ante todos los problemas que aquejan, en las cosas o en las inteligencias, a los pueblos del mundo.

III. Contra el pacifismo -la guerra y la vida como deberes.

Ante todo, en lo que se refiere en general al porvenir y al desenvolvimiento de la humanidad, y dejando de lado toda consideración de política actual, el fascismo no cree en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua. Rechaza, por consiguiente, al pacifismo, que oculta una renuncia a la lucha y una cobardía frente al sacrificio. Solamente la guerra eleva todas las energías humanas al máximo de tensión e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarla. Las demás pruebas no son sino sucedáneas y jamás colocan al hombre frente a sí mismo, en la alternativa de vida o muerte. Por lo tanto, una doctrina que parte del postulado previamente establecido de la paz, es ajena al fascismo, como son ajenas al espíritu del fascismo, aunque las acepte en la medida de la utilidad que pudieran tener en determinadas situaciones políticas, todas las construcciones internacionalistas y societarias, las cuales, como demuestra la historia, pueden disiparse al viento, cuando elementos sentimentales, ideales y prácticos mueven a tempestad el corazón de los pueblos. El fascismo transporta este espíritu antipacifista incluso en la vida de los individuos. El orgulloso lema escuadrista « *me ne frego* » (expresión popular que equivale a «se me da un ardite »), escrito en las vendas de una herida, no es solamente un acto de filosofía estoica, no es solamente el resumen de una doctrina política : es la educación al combate, la aceptación de los riesgos que el mismo comporta ; es un nuevo estilo de vida italiano. Así, el fascista acepta, ama la vida, ignora y considera cobarde el suicidio ; comprende la vida como deber, elevación, conquista ; la vida que ha de ser alta y plena : vivida por sí, pero sobre todo por los otros, próximos o lejanos, presentes y futuros.

IV. Política demográfica.

La política « demográfica » del régimen es consecuencia de estas premisas. En efecto, también el fascista ama a su prójimo, pero el «prójimo» no es para él un concepto vago e inasible ; el amor hacia el prójimo no impide las severidades necesarias y educadoras, y menos aún las diferenciaciones y las distancias. El fascismo niega los abrazos universales, y, aún viviendo en la comunidad de los pueblos civilizados, los mira, vigilante y desconfiado, en los ojos, los sigue en sus estados de ánimo y en la transformación de sus intereses, y no se deja engañar por apariencias mudables y falaces.

V. Contra el materialismo histórico y la lucha de clase.

Semejante concepción de la vida lleva al fascismo a ser la decidida negación de aquella doctrina que constituyó la base del socialismo apodado científico o marxista : la doctrina del materialismo histórico, según la cual la historia de las civilizaciones humanas sólo se explicaría en virtud de la lucha de intereses entre los diversos grupos sociales o en virtud de la transformación de los medios e instrumentos de producción. Nadie niega que los acontecimientos de la economía — descubrimientos de materias primas, nuevos métodos de trabajo, invenciones científicas — tienen importancia; pero decir que bastan para explicar la historia humana, excluyendo a todos los demás factores, es absurdo : el fascismo cree todavía y siempre en la santidad del heroísmo, es decir, en actos en que no obra ningún motivo económico, próximo o lejano. Negando el materialismo histórico, según el cual los hombres sólo serían comparsas de la historia, que aparecen y desaparecen en la superficie de las olas, mientras que en lo hondo se agitan y trabajan las verdaderas fuerzas directivas, también se niega la lucha de clase, inmutable y fatal, que es hija legítima de la susodicha concepción materialista de la historia; y sobre todo, se niega que la lucha de clase constituya el , agente preponderante de las transformaciones sociales. Herido el socialismo en esos dos puntos esenciales de su doctrina, de él ya no queda sino la aspiración sentimental — antigua como la

humanidad — hacia una convivencia social en que aparezcan aliviados los sufrimientos y los dolores de la gente más humilde. Pero aquí el fascismo rechaza el concepto de «felicidad» económica, a realizarse de manera socialista y casi automáticamente en un momento dado de la evolución de la economía, deparando el mayor bienestar para todos. El fascismo niega el concepto materialista de «felicidad », como cosa imposible, y lo abandona en manos de los economistas de la primera mitad del siglo XVIII: es decir, niega la ecuación bienestar-felicidad que convertiría a los hombres en animales preocupados tan sólo de una cosa : estar bien alimentados y gordos y, por lo tanto, reducidos a mera y simple vida vegetativa.

VI. Contra las ideologías democráticas

Después de combatir al socialismo, el fascismo ataca a todo el conjunto de las ideologias democráticas, y las rechaza, así desde el punto de vista de sus premisas teóricas, como de sus aplicaciones e instrumentaciones prácticas. El fascismo niega que el número, por el solo hecho de ser número, pueda dirigir a las sociedades humanas ; niega que el tal número pueda gobernar mediante una consultación periódica; afirma la desigualdad irremediable, fecunda y beneficiosa de los hombres, que no pueden nivelarse por medio de un hecho mecánico y extrínseco como es el sufragio universal. Pueden definirse como regímenes democráticos aquellos en los cuales, de cuando en cuando, se da al pueblo la ilusión de ser soberano, mientras que la verdadera y efectiva soberanía reside en otras fuerzas, a veces irresponsables y secretas. La democracia es un régimen sin rey, pero con muchísimos reyes a veces más exclusivos, tiránicos y ruinosos que un solo rey que sea también tirano. Esto explica por qué el fascismo, aunque antes de 1922 — por razones de contingencia — asumió una actitud tendencialmente republicana, renunció a la misma antes de la marcha sobre Roma, convencido de que la cuestión de las formas políticas de un Estado no es, hoy por hoy, preminente, y que estudiando en el mostrario de las monarquías pasadas y presentes, de las repúblicas pasadas y presentes, resulta que tanto la monarquía como la república no pueden juzgarse bajo especie de eternidad, porque representan formas en que se exterioriza la evolución política, la historia, la tradición, la psicología de cada país. Ahora, el fascismo ha superado la antítesis monarquía-república, en que se inmovilizó el democraticismo, cargando todas las insuficiencias sobre la primera y haciendo la apología de la segunda como régimen de la perfección. Ahora se ha visto que hay repúblicas íntimamente reaccionarias o absolutistas, y monarquías que acogen los experimentos políticos y sociales más avanzados.

VII. El absurdo de la democracia

« La razón, la ciencia — decía Renán, que tuvo algunas iluminaciones prefascistas, en una de sus Meditaciones filosóficas — son productos de la humanidad, pero pretender la razón directamente por el pueblo y a través del pueblo, es una quimera. No es necesario para la existencia de la razón que todo el mundo la conozca. En todo caso, si tal iniciación tiene que hacerse, no se haría por medio de la baja democracia, que parece querer llegar a la extinción de toda cultura difícil, de toda disciplina elevada. El principio de que la sociedad existe solamente para el bienestar y la libertad de los individuos que la componen, no parece ser conforme a los planes de la naturaleza, planes en los cuales solamente se toma en consideración a la especie, sacrificándose al individuo. Es muy de temer que la última palabra de la democracia entendida así (me apresuro a decir que también se la puede entender diversamente) no sea un estado social en el cual una masa degenerada no tenga más preocupación que la de gozar de los placeres innobles del hombre vulgar ». Hasta aquí Renán. Lo que el fascismo rechaza en la democracia es la absurda mentira convencional de la igualdad política, el hábito de la irresponsabilidad colectiva y el mito de la felicidad y del progreso indefinidos. Pero, si la democracia puede ser entendida diversamente, vale decir, si por democracia ha de entenderse no rechazar al pueblo al margen del Estado, con toda legitimidad, quien esto escribe pudo definir al fascismo como una «democracia organizada, centralizada, autoritaria ».

VIII. Ante las doctrinas liberales

Ante las doctrinas liberales, el fascismo se mantiene en actitud de absoluta oposición, así en el campo de la política como en el de la economía. No hay que exagerar — sencillamente a objeto de polémica actual — la importancia del liberalismo en el siglo pasado y hacer de esta que fué una entre las tantas doctrinas surgidas en ese siglo, una religión de la humanidad para todos los tiempos presentes y futuros. El liberalismo sólo floreció por espacio de tres lustros. Nació en 1830 como reacción a la Santa Alianza, que pretendía empujar a Europa a ser lo que había sido antes de 1789, y alcanzó su año de esplendor en 1848, cuando hasta Pío IX fué liberal. Pero en seguida comenzó la decadencia. El 1848 fué un año de luz y poesía, pero el 1849 fué un año

de tinieblas y de tragedia. La república de Roma fué muerta por otra república, la de Francia. Ese mismo año, Marx lanzó el evangelio de la religión socialista, con el famoso Manifiesto de los comunistas. En 1851 Napoleón III lleva a efecto su tan iliberal golpe de Estado y reina en Francia hasta 1870, cuando un movimiento popular lo derribó, a raíz de una de las derrotas militares más grandes que recuerda la historia. El victorioso es Bismarck, quien jamás conoció el paradero de la religión de la libertad ni supo nunca cuales eran los profetas que la servían. Es sintomático el hecho de que un pueblo de elevada civilización, como el alemán, haya ignorado plenamente, durante todo el siglo XIX, la religión de la libertad. Sólo hay un paréntesis, que consiste en lo que se denominó el « ridículo parlamento de Frankfurt », que duró por espacio de una estación. Alemania conquistó su unidad nacional fuera del liberalismo, contra el liberalismo, doctrina que parece ajena al alma alemana, alma esencialmente monárquica, mientras que el liberalismo es la antesala lógica e histórica de la anarquía. Las etapas de la unidad alemana fueron las tres guerras de 1864, de 1866 y de 1870, dirigidas por «liberales » como Molke y Bismarck. En cuanto concierne a la unidad italiana, el liberalismo tuvo en ella un rol absolutamente inferior a la contribución aportada por Mazzini y Garibaldi, que no fueron liberales. Sin la intervención del iliberal Napoleón III, no habríamos obtenido la Lombardia, y sin la ayuda del iliberal Bismarck en Sadowa y en Sedán, muy probablemente tampoco habríamos obtenido, en 1866, la Venecia ; y en 1870 no habríamos entrado en Roma. De 1879 a 1915 corre el período en que los mismos sacerdotes del nuevo credo denuncian el ocaso de su propia religión, derrotada por el decadentismo en literatura, y por el activismo en la práctica. Activismo, vale decir: nacionalismo, futurismo, fascismo. El siglo liberal, después de haber acumulado una infinidad de nudos gordianos, trata de desatarlos mediante la hecatombe de la guerra mundial. Jamás ninguna religión impuso tan inmenso sacrificio. ¿ Tenían sed de sangre los dioses del liberalismo ? Ahora, el liberalismo está por cerrar las puertas de sus templos desiertos, porque los pueblos comprenden que su agnosticismo en economía, su indiferentismo en política y en moral conducirían, como han conducido, a la segura ruina de los Estados. Así se explica que todos los experimentos políticos del mundo contemporáneo son antiliberales, y es supremamente ridículo pretender, por ello, clasificar fuera de la historia; como si la historia fuese un terreno de caza reservado al liberalismo y a sus profesores, como si el liberalismo fuese la palabra definitiva, imposible de superar, de la civilización.

IX. El fascismo no retrocede

Las negaciones fascistas del socialismo, de la democracia, del liberalismo, no han de inducir a creer, empero, que el fascismo entienda hacer que el mundo vuelva a ser lo que era antes de 1789, año que se indica como comienzo del siglo democrático-liberal. La doctrina fascista no ha escogido a De Maistre como profeta. El absolutismo monárquico fué, y así toda eclesiolatría. Asimismo «fueron» los privilegios feudales y la división en castas impenetrables e incomunicantes entre sí. El concepto de autoridad fascista no tiene nada que ver con el estado de policía. Un partido que gobierna totalitariamente a una nación constituye un hecho nuevo en la historia. No resultan posibles referencias o comparaciones. De los escombros de las doctrinas liberales, socialistas, democráticas, el fascismo extrae aquellos elementos que todavía tengan un valor de vida. Mantiene los que podrían definirse como hechos incorporados a la historia, y rechaza todo lo demás, es decir, rechaza el concepto de una doctrina que sirva para todos los tiempos y para todos los pueblos. Admitiendo que el siglo XIX haya sido el siglo del socialismo, del liberalismo, de la democracia, esto no significa que también el siglo XX haya de ser el siglo del socialismo, del liberalismo, de la democracia. Las doctrinas políticas pasan, los pueblos quedan. Podemos figurarnos que este nuestro sea el siglo de la autoridad, un siglo de «derecha», un siglo fascista ; si el siglo XIX fué el siglo del individuo (liberalismo significa individualismo), podemos imaginar que éste sea el siglo «colectivo » y, por lo tanto, el siglo del Estado. Es cosa perfectamente lógica que una nueva doctrina pueda utilizar los elementos todavía vitales de otras doctrinas. Ninguna doctrina ha nacido totalmente nueva reluciente, nunca vista. Ninguna doctrina puede gloriarse de una «originalidad» absoluta. Aunque sea sólo históricamente, toda doctrina está ligada a las otras doctrinas que fueron, a las otras doctrinas que serán. Así, el socialismo científico de Marx está ligado al socialismo utopista de los Fourier, de los Owen, de los Saint-Simón; así el liberalismo del siglo pasado está vinculado a todo el movimiento iluminista del siglo anterior. Así las doctrinas democráticas están vinculadas con la Enciclopedia. Cada doctrina tiende a orientar la actividad de los hombres hacia un objetivo determinado ; pero la actividad de los hombres reacciona a la doctrina o influye sobre ella, la transforma, la adapta a las nuevas necesidades, o la deja sucumbir. Por lo tanto, doctrina debe ser, en sí misma, no ya un ejercicio de palabras, sino un acto de vida. De aquí, las vetas pragmáticas del fascismo, su voluntad de potencia, su voluntad de ser, su posición frente al hecho « violencia » y a su valor.

X. Valor y misión del Estado

Es fundamento de la doctrina fascista la concepción del Estado, de su esencia, de sus cometidos, de sus finalidades. Para el fascismo, el Estado es un absoluto, ante el cual individuos y grupos son relativos. Individuos y grupos son «concebibles» en-cuanto estén en el Estado. El Estado liberal no dirige el juego y el desarrollo material y espiritual de las colectividades, sino que se limita a registrar sus resultados ; el Estado fascista tiene conciencia de sí, una voluntad propia, por esto es un Estado « ético ». En 1929, en la primera Asamblea quinquenal del régimen, dije: «Para el fascismo, el Estado no es un vigilante nocturno que se ocupa tan sólo de la seguridad de los ciudadanos ; no es tampoco una organización de fines puramente materiales, como garantizar un cierto bienestar y una relativa convivencia social pacífica, en cuyo caso bastaría, para realizarlo, un consejo administrativo ; no es tampoco una creación de política pura, sin adherencias con la realidad material y compleja de la vida de los individuos y de los pueblos. El Estado, tal como el fascismo lo concibe y lo realiza, es un hecho espiritual y moral, pues concreta la organización política, jurídica, económica, de la nación, y tal organización es, en su iniciación y en su desenvolvimiento, una manifestación del espíritu. El Estado es garante de la seguridad interior y exterior, pero es también guardián y transmisor del espíritu del pueblo tal como ha sido elaborado a través de los siglos en el idioma, en las costumbres, en la fe. El Estado no es solamente presente, sino que es también pasado y, sobre todo, futuro. Es el Estado el que, trascendiendo de los breves límites de las vidas individuales, representa la conciencia inmanente de la nación. Las formas en que los Estados se exteriorizan cambian, pero la necesidad queda. Es el Estado el que educa a los ciudadanos en las virtudes civiles, les infunde conciencia de su misión, los incita a la unidad; armoniza sus intereses en la justicia ; lega las conquistas del pensamiento en las ciencias, en las artes, en el derecho, en la solidariedad humana ; eleva a los hombres desde la vida elemental de la tribu a la más alta expresión humana de potencia que es el imperio; confía a los siglos los nombres de aquellos que murieron por su integridad o por obedecer a sus leyes; señala como ejemplos y encomienda a las generaciones que vendrán, a los capitanes que lo acrecentaron de territorio y a los genios que lo iluminaron de gloria. Cuando declina el sentido del Estado y prevalecen las tendencias disociadoras y centrífugas de los individuos o de las agrupaciones, las sociedades nacionales se aproximan a su ocaso ».

XI. La unidad del Estado y las contradicciones del capitalismo

De 1929 a hoy, la evolución económica y política universal ha fortalecido mayormente estas posiciones doctrinarias. El Estado se agiganta. Sólo el Estado puede resolver las dramáticas contradicciones del capitalismo. La crisis no la puede resolver sino el Estado, en el Estado. ¿ Dónde están las sombras de los Jules Simón, que en los albores del liberalismo proclamaban que « el Estado tiene que trabajar a objeto de resultar inútil y prepararse a presentar sus dimisiones » ? ¿ Y de los Me Culloch, que en la segunda mitad del siglo pasado afirmaban que el Estado debe abstenerse de gobernar demasiado ? ¿ Y qué es lo que diría, ante las continuas, solicitadas, inevitables, intervenciones del Estado en las vicisitudes económicas, el inglés Bentham, según quien la industria habría debido pedir al Estado que la dejase en paz, o el alemán Humboldt, según quien el Estado « ocioso » debía considerarse como el mejor ? Verdad es que la segunda oleada de economistas liberales fue menos extremista que la primera, y ya el mismo Smith abrió — si bien cautamente — la puerta a la ingerencia del Estado en la economía. Si quien dice liberalismo dice individuo, quien dice fascismo dice Estado. Pero el Estado fascista es único, y es una creación original. No es reaccionario, sino revolucionario, pues anticipa las soluciones de determinados problemas universales tal como en otros países plantean el fraccionamiento de los partidos en el campo político, la prepotencia del parlamentarismo, la irresponsabilidad de las asambleas, y en el campo económico las funciones sindicales cada vez más numerosas y poderosas así en el sector obrero como en el industrial, sus conflictos y sus acuerdos ; y en el campo moral, las necesidades del orden, de la disciplina, de la obediencia a los dictámenes morales de la patria. El fascismo quiere el Estado fuerte, orgánico y a la vez apoyado en la más amplia base popular. El Estado fascista ha reivindicado para sí también el campo de la economía, y, por intermedio de las instituciones corporativas, sociales y educacionales que ha creado, el sentido del Estado llega hasta las últimas ramificaciones, y en el Estado circulan, encuadradas en las respectivas organizaciones, todas las fuerzas políticas, económicas, espirituales de la nación. Un Estado que se funda en millones de individuos que lo reconocen, lo comprenden, dispuestos a servirlo, no es el Estado tiránico del señor medieval. No tiene nada en común con los Estados absolutistas de antes o después de 1789. El individuo en el Estado fascista no está anulado, sino que antes bien se siente multiplicado, así como en un regimiento un soldado no se siente disminuido, sino multiplicado, por el número de sus camaradas. El Estado fascista organiza a la nación, pero deja margen suficiente a los individuos ; ha limitado las libertades inútiles y nocivas, pero ha conservado las libertades esenciales. El que juzga en este terreno no puede ser el individuo, sino solamente el Estado.

XII. El Estado fascista y la religión

El Estado fascista no permanece indiferente ante el hecho religioso en general y ante esa particular religión positiva que es el catolicismo italiano. El Estado no posee una teología, pero posee una moral. En el Estado fascista, se considera a la religión como a una de las manifestaciones más profundas del espíritu ; por lo tanto, no sólo se la respeta, sino que también se la defiende y protege. El Estado fascista no crea un «Dios » propio, como en determinado momento pretendió hacer, en los extremos delirios de la Convención, Robespierre ; ni trata vanamente de borrarlo de las almas, como hace el bolcheviquismo ; el fascismo respeta al Dios de los ascetas, de los santos, de los héroes, y también al Dios tal como lo concibe y lo implora el corazón ingenuo y primitivo del pueblo.

XIII. Imperio y disciplina

El Estado fascista es voluntad de potencia y de imperio. La tradición romana es aquí una idea de fuerza. En la doctrina del fascismo, el imperio no es solamente una expresión territorial o militar o mercantil, sino también espiritual y moral. Podemos concebir un imperio, es decir, una nación que, directa o indirectamente, guía a las otras naciones, sin necesidad de conquistar un solo kilómetro cuadrado de territorio. Para el fascismo, la tendencia al imperio, o sea a la expansión de las naciones, es una manifestación de vitalidad; su contrario, el quedarse en casa, es un síntoma de decadencia : los pueblos que surgen o resurgen son imperialistas, los pueblos que se mueren son renunciatarios. El fascismo es la doctrina más indicada para representar las tendencias, los estados de ánimo de un pueblo como el italiano, que resurge al cabo de muchos siglos de abandono o servidumbre extranjera. Pero el imperio requiere disciplina, coordinación de los esfuerzos, deber, sacrificio ; esto explica muchos aspectos de la acción práctica del régimen y la orientación de muchas fuerzas del Estado, y la severidad necesaria contra aquellos que pretenden oponerse a este movimiento espontáneo y fatal de la Italia del siglo XX, y oponerse agitando las superadas ideologías del siglo XIX, repudiadas donde quiera se hayan osado grandes experimentos de transformaciones políticas y sociales : nunca como en este momento los pueblos han tenido sed de autoridad, de normas, de orden. Si cada siglo tiene su doctrina propia, por mil indicios se puede colegir que la del siglo actual es el fascismo. Que es una doctrina de vida, queda demostrado por el hecho de que ha suscitado una fe : que la fe ha conquistado las almas, lo demuestra el hecho de que el fascismo ha tenido sus muertos y sus mártires.

El fascismo tiene ya en el mundo la universalidad de todas las doctrinas que, al realizarse, representan un momento en la historia del espíritu humano.

NOTAS

(1) «Ahora el fascismo italiano, so pena de muerte o, peor aún, de suicidio, tiene que darse un «cuerpo de doctrinas». Tales doctrinas no serán, ni deberán ser, especies de túnicas de Neso que nos vinculen eternamente — pues el mañana es misterioso e imprevisto — sino que han de constituir una norma orientadora para nuestra actividad política e individual cotidiana.

Yo mismo, que las he dictado, soy el primero en reconocer que nuestras modestas tablas programáticas — las orientaciones teóricas y prácticas del fascismo — deben ser objeto de revisión, deben ser corregidas, ampliadas, corroboradas, porque en algunos puntos ya han sufrido las injurias del tiempo. Creo que el núcleo esencial consiste siempre en sus postulados, que por espacio de dos años han servido a las falanges del fascismo italiano como signo de unión ; pero, aún partiendo de ese núcleo primigenio, ya es tiempo de que procedamos a una elaboración ulterior y más amplia de nuestro programa.

A esta obra vital para el fascismo deberían contribuir con particular fervor todos los fascistas de Italia, especialmente en aquellas zonas donde, con o sin pacto, se ha llegado ya a una pacífica convivencia de los dos movimientos antagonistas.

Yo quisiera, aunque la palabra sea un tanto fuerte, que en los dos meses que nos separan de la Asamblea nacional, se crease la filosofía del fascismo italiano. Milán, con su primera Escuela de propaganda y cultura, contribuye en este sentido.

No se trata solamente de preparar los elementos programáticos sobre los cuales tendrá que basarse sólidamente la organización del partido en que habrá de convertirse fatalmente el movimiento fascista ; también se trata de desvirtuar la estúpida fábula según la cual en el fascismo sólo se contarían hombres violentos, y no también, como es en la realidad, espíritus inquietos y reflexivos.

Esta nueva orientación de la actividad fascista no perjudicará — estoy plenamente seguro de ello — al magnífico espíritu y al temperamento de belicosidad que constituyen la característica peculiar del fascismo. Proporcionar al cerebro doctrinas y sólidas convicciones, no significa desarmar, sino fortalecer e infundir a la acción mayor conciencia. Los soldados que combaten con conocimiento de causa son siempre los mejores. El fascismo puede y debe tomar por divisa el binomio de Mazzini: Pensamiento y Acción». (Carta de Benito Mussolini a Miguel Bianchi, del 27 de agosto de 1921, en ocasión de inaugurarse la Escuela de propaganda y cultura fascista de Milán : publicada en Messaggi e Proclami (« Mensajes y Proclamas »), Milán, Libr. de Italia, 1929, pág. 29).

«Es preciso poner en contacto a los fascistas, hacer que su actividad sea también actividad de doctrina, actividad espiritual y de pensamiento....

Ahora, si nuestros adversarios se hubiesen hallado presentes en nuestra reunión, se habrían convencido de que el fascismo no es solamente acción, sino también pensamiento ». (Al Consejo nacional del Partido fascista, 8 de agosto de 1924 ; en el volumen *La nuova política dell` Italia* (« La nueva política de Italia»), IV edición, Milán, ed. Alpes, 1928, páginas 316 y 317).

(2) «Hoy afirmo que el fascismo, como idea, doctrina, realización, es universal; italiano en sus instituciones particulares, el fascismo es universal en su espíritu, y no podría ser de otro modo. El espíritu es universal por su naturaleza misma. Por lo tanto, podemos prever una Europa fascista, una Europa cuyas instituciones se inspiren en las doctrinas y en la práctica del fascismo. Es decir, una Europa que resuelva, en sentido fascista, el problema del Estado moderno, del Estado del siglo XX, que es muy diverso de los Estados que existían antes de 1789 o que se formaron después.

El fascismo actualmente responde a exigencias de carácter universal. Efectivamente, resuelve el tríplice problema de las relaciones entre Estado e individuo, entre Estado y grupos, entre grupos y grupos organizados ». (Mensaje del año IX de la era fascista, a los Directorios federales reunidos en el Palacio Venecia el 27 de octubre de 1930 ; en Discorsi del '30 (« Discursos de 1930 »), Milán, ed. Alpes, 1931, pág. 211).

(3) « Este proceso político va acompañado de un proceso filosófico : si es verdad que la materia ha permanecido en los altares por espacio de un siglo, es también verdad que hoy el espíritu la desaloja y toma su lugar. Por consiguiente, repudiamos todas las manifestaciones peculiares del espíritu democrático : la facilonería, la improvisación, la falta de sentido personal de responsabilidad, la exaltación del número y de esa misteriosa divinidad que se denomina « pueblo », Todas las creaciones del espíritu — comenzando por las

religiosas — vienen apareciendo en primer plano, y ya nadie se atreve a retrasarse en las posiciones de ese anticlericalismo que, en el mundo occidental fué, por espacio de muchas décadas, la ocupación preferida de la democracia.

Guando se dice que Dios retorna, se entiende afirmar que retornan los valores del espíritu». Da che parte va il mondo, (« Hacia donde va el mundo»), en la revista Gerarchia, año I, 1922, n. 3 ; en Tempi delta rivoluzione fascista (« Tiempos de la revolución fascista »), Milán, ed. Alpes, 1930, páginas 34 y 35).

« Existe una zona que está reservada, más que a la investigación, a la meditación de los fines supremos de la vida. La ciencia parte de la experiencia, pero desemboca fatalmente en la filosofía, y, a mi parecer, solamente la filosofía puede iluminar a la ciencia y llevarla al terreno de la idea universal». (Al Congreso de las ciencias, de Bolonia, el 31 de octubre de 1926 ; en Discorsi del '26 («Discursos de 1926»), Milán, ed. Alpes, 1927, pág. 368).

« Para comprender el movimiento fascista, se lo ha de considerar en toda su magnitud y profundidad de fenómeno espiritual. Sus manifestaciones han sido las más poderosas y decisivas, pero no debemos detenernos en ellas. En efecto, el fascismo no ha sido solamente una revolución política contra gobiernos débiles e incapaces que habían dejado decaer la autoridad del Estado y amenazaban con detener a Italia en el camino de su mayor desarrollo, sino que ha sido también una revolución espiritual contra viejas ideologías que corrompían los sagrados principios de la religión, de la patria, de la familia. Como revolución espiritual, el fascismo brotó directamente del pueblo ». (De un Mensaje al público inglés, 5 de enero de 1924 ; en Messaggi e proclami (« Mensajes y proclamas »), Milán, Librería de Italia, 1929, pág. 107).

(4) « La lucha es el origen de todas las cosas, por que la vida está llena de contrastes: el amor y el odio, lo blanco y lo negro, el día y la noche, el bien y el mal; y mientras tales contrastes no se resuelvan en equilibrio, la lucha estará siempre en lo hondo de la naturaleza humana, como fatalidad suprema.

Por otra parte, es mejor así. Hoy puede tratarse de lucha guerrera, económica, de ideas, pero el día en que no se luchara ya, sería un día de tristeza, de fin, de ruina. Mas tal día no llegará nunca : precisamente porque la historia se presenta siempre como un panorama en transformación continua. Pretender volver a la calma, a la paz, a la tranquilidad, significaría oponerse contra las tendencias del actual período dinámico. Tenemos que prepararnos para otras sorpresas, para otras luchas. No habrá un período de paz sino cuando los pueblos se abandonen en un ensueño cristiano de fraternidad universal y puedan tenderse la mano por encima de los océanos y de las montañas. Por mi parte, yo no creo gran cosa en estos ideales, pero no los excluyo, porque yo no excluyo nada». (Discurso en el Politeama Rossetti de Trieste, 20 de setiembre de 1920; en Discorsi politici («Discursos políticos»), Milán, Imprenta del «Popolo d'Italia», 1921, pág. 108).

(5) « Entiendo el honor de las naciones en la contribución que han dado a la cultura de la humanidad ». (E. Ludwig, Coloquios con Mussolini,edición italiana, Milán, Mondadori, 1932, pág. 199).

(6) « Denominé, en cambio, esta organización :

« Fascios italianos de combate ». En esta palabra dura y metálica, ya estaba todo el programa del fascismo, tal como yo lo soñaba, tal como yo quería que fuese, tal como yo lo hice !

Todavía es ese nuestro programa, camaradas : combatir.

Para nosotros los fascistas, la vida es un combate continuo, incesante, que nosotros aceptamos con gran desenvoltura, con gran valor, con toda la intrepidez necesaria». (En Roma, en ocasión del VII aniversario de la fundación de los Fascios, 28 de marzo de 1926; en Discorsi del 1926 («Discursos de 1926»), Milán, ed. Alpes, 1927, pág. 98).

« Henos aquí nuevamente en la esencia misma de la filosofía fascista. Recientemente, cuando un filósofo finlandés me pidió que le expresara el sentido del fascismo en una frase, yo escribí en alemán: «Nosotros estamos contra la vida cómoda ». (E. Ludwig, Coloquios con Mussolini, pág. 190 de la edición italiana Mondadori).

(7) « Si el fascismo no fuese una fe, cómo podría infundir estoicismo y valentía en sus gregarios ? Solamente una fe que haya alcanzado alturas religiosas puede sugerir palabras como las pronunciadas por los labios, ahora exangües, de Federico Florio ». (Vínculos de sangre, en el « Popólo d' Italia » del 19 de enero de 1922, y en Diuturna, ed. Alpes, Milán, 1929, pág. 256).

(8) «La tradición es, indudablemente, una de las mayores fuerzas espirituales de los pueblos, porque es una creación sucesiva y constante del alma de los mismos ». (Breve preludio, en la revista Gerarchia, año I, 1922, n. 1, y en Tempi della rivoluzione fascista, Milán, ed. Alpes, 1930, pág. 13).

(9) « Nuestro temperamento nos lleva a considerar el aspecto concreto de los problemas, y no sus sublimadas apariencias ideológicas o místicas. Por esto nos es tan fácil recobrar el equilibrio ». (Aspetti del dramma («Aspectos del drama»), en el «Popólo d' Italia» del 31 de octubre de 1927, y en Diuturna, pág. 86).

« Nuestra batalla es más ingrata, pero es también más hermosa, porque nos obliga a contar únicamente con nuestras fuerzas. Hemos rasgado todas las verdades reveladas, hemos escupido a todos los dogmas, hemos rechazado todos los paraísos y escarnecido a todos los charlatanes — blancos, rojos, negros — que despachan sus milagrosas drogas para dar la «felicidad» al género humano. No creemos en programas, en esquemas, en santos, en apóstoles ; sobre todo, no creemos en la felicidad, en la salvación, en la tierra prometida.

No creemos en una solución única — sea económica, política o moral — en una solución lineal, de los problemas de la vida, porque, — ¡oh, ilustres predicadores de todas las sacristías ! — la vida no es lineal, y jamás podréis constreñirla en un segmento cerrado entre necesidades primordiales ». (Navigare necesse, en el « Popólo d' Italia », 1º de enero de 1922, y en Diuturna, pág. 223).

(10) «No somos, y no queremos ser momias perennemente inmóviles de cara al mismo horizonte, ni queremos encerrarnos dentro del angosto cerco de la beatería subversiva, donde se murmuran mecánicamente fórmulas que son la misma cosa que las oraciones de las religiones profesadas. Somos hombres, y hombres vivientes, y queremos dar nuestra contribución, aunque sea modesta, a la creación de la historia ». (Audacia, en el « Popólo d' Italia », 15 de noviembre de 1915, y en Diuturna, pág. 11).

« Nosotros agitamos valores morales y tradicionales que el socialismo descuida o menosprecia ; pero el fascismo, sobre todo, rehuye de todo lo que pudiera ser hipoteca arbitraria sobre el misterioso futuro ». (Dopo due anni — « Dos años después » — en el «Popólo d' Italia», 23 de marzo de 1921, y en Diuturna, pág. 242).

« Ante las palabras y los conceptos que se enlazan, de derecha y de izquierda* de conservación y de renovación, de tradición y de progreso, nosotros no nos asimos desesperadamente al pasado, como a una suprema tabla de salvación, ni nos lanzamos a ciegas entre las seductoras nebulosidades del porvenir ». (Breve preludio (1922), citado «n Tiempos de la revolución fascista, pág. 14).

«Lo negativo, lo eterno inmóvil, es condenación. Yo estoy por el movimiento. Soy un marchador». (E. Ludwig, Coloquios con Mussolini, pág. 204).

(11) « Hemos sido los primeros en afirmar, frente al individualismo democrático-liberal, que el individuo no existe sino en el Estado y subordinado a las necesidades del Estado, y que a medida que la civilización va cobrando formas más complejas, cada vez más se restringe la libertad del individuo ». (En el Gran «Rapporto» del Fascismo, 14 de setiembre de 1929; en Discorsi de 1929, Milán, ed. Alpes, 1930, pág. 280).

« El sentido del Estado domina en la conciencia de los italianos, los cuales sienten que sólo el Estado puede constituir la garantía insubstituible de sus libertades y de su independencia ; que solamente el Estado representa la continuidad para el porvenir de la propia estirpe y de la propia historia ». (Mensaje del VII aniversario), 25 de octubre de 1929; pág. 300).

« Pues que durante los ochenta años transcurridos hemos realizado progresos tan considerables, podéis suponer, más aún, prever, que durante los próximos cincuenta u ochenta años, el camino recorrido por Italia, de esta Italia que sentimos tan poderosa, tan animada de linfas vitales, será verdaderamente grandioso, sobre todo si durará la concordia de todos los ciudadanos, si el Estado seguirá siendo arbitro de las contiendas político-sociales, si todo estará dentro del Estado y nada fuera del Estado, porque hoy por hoy no se concibe un individuo fuera del Estado, a no ser que se trate del invididuo salvaje que no puede reivindicar para sí sino la soledad y las arenas del desierto ». (Discurso en el Senado, 12 de mayo de 1928 ; en Discorsi del 1928, pág. 109).

«El fascismo ha restituido al Estado su actividad soberana — reivindicando su absoluto valor ético contra todos los particularismos de clase y de categoría ; ha restituido al gobierno del Estado, reducido a ser instrumento ejecutivo de la Asamblea legislativa, su dignidad de representante de la personalidad del Estado y

la plenitud de su potestad de imperio ; ha substraído la administración a las presiones de todas las facciones y de todos los intereses. (Al Consejo del Estado, el 22 de diciembre de 1928).

(12) «A nadie se le ocurra tampoco negar el carácter moral del Estado fascista, porque yo me avergonzaría de hablar desde esta tribuna si no estuviera seguro de representar la fuerza moral y espiritual del Estado. ¿ Qué sería el Estado si no poseyera un espíritu propio, una moral suya, que es la que da fuerza a sus leyes y gracias a la cual logra hacer que los ciudadanos le obedezcan ?

.... El Estado fascista reivindica plenamente su propio carácter de eticidad : es católico, pero es fascista, sobre todo, exclusivamente, esencialmente fascista. El catolicismo lo integra, y nosotros lo declaramos abiertamente, pero a nadie se le ocurra, bajo especie filosófica y metafísica, que podrá cambiarnos las cartas en la mesa». (Discurso en la Cámara de Diputados, del 13 de mayo de 1929 ; Gli accordi del Luterano («Los acuerdos de Le-trán»), Roma, ed. Librería del Littorio, 1929, pág. 106).

« .... un Estado que tenga conciencia de su propia misión y que represente a un pueblo en marcha, un Estado que transforme a dicho pueblo continuamente, incluso en su mismo aspecto físico. El Estado debe decir, a tal pueblo, grandes palabras, agitar grandes ideas y grandes problemas, no limitarse a hacer solamente ordinaria administración ». (Obra cit., pág. 107).

(13) « El concepto de la libertad no es absoluto, porque en la vida no hay nada absoluto. La libertad no es un derecho : es un deber. No es una concesión, es una conquista ; no es una igualdad : es un privilegio. El concepto de libertad cambia con el transcurso del tiempo. Hay una libertad en tiempo de paz que no es la libertad del tiempo de guerra. Hay una libertad en tiempos de riqueza, que no puede concederse en tiempos de miseria ». (En el V aniversario de la fundación de los Fascios de Combate, 24 de marzo de 1924 ; en el volumen La nuova política delV Italia, III, Discorsi del 1924, Milán, ed. Alpes, 1925, pág. 35).

« En nuestro Estado no le falta al individuo la libertad. La posee mucho más que el hombre aislado : pues que el Estado lo proteje, él mismo es una parte del Estado. En cambio, el hombre aislado está indefenso ». (E. Ludwig, Coloquios con Mussolini, edición italiana Mondadori, pág. 129).

(14) « Hoy anunciamos al mundo la creación del poderoso Estado unitario italiano, desde los Alpes hasta la Sicilia, y este Estado se manifiesta en una democracia centralizada, organizada, unitaria, en la cual democracia el pueblo circula con toda comodidad, porque, señores, introducís al pueblo en la ciudadela del Estado, y él la defenderá, o lo dejáis afuera, y él la asaltará ». (En la Cámara de Diputados, 26 de mayo de 1927 ; en Discorsi del 1927 pág. 159).

« En el régimen fascista, la unidad de todas las clases, la unidad política, social, moral del pueblo italiano, se realiza en el Estado, y solamente en el Estado fascista ». (En la Cámara de Diputados, el 9 de diciembre de 1928, pág. 333).

(15) « Hemos creado el Estado unitario italiano. Reflexionemos que, desde el Imperio en adelante, Italia no volvió a ser jamás un Estado unitario. Aquí reconfirmamos, no menos enérgicamente, mi fórmula del discurso del « Scala » de Milán, «todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado ». (En la Cámara de Diputados, 26 de mayo de 1927 ; en Discorsi del 1927, pág. 157).

(16) « Estamos en un Estado que controla todas las fuerzas que obran en el seno de la nación. Controlamos las fuerzas políticas, controlamos las fuerzas morales, controlamos las fuerzas económicas, estamos, por lo tanto, en pleno Estado corporativo fascista....

« Nosotros representamos un principio nuevo en el mundo, nosotros representamos la antítesis neta categórica, definitiva, de todo el mundo de la democracia, de la plutocracia, de la masonería, o, en pocas palabras, de todo el mundo de los inmortales principios de 1789 ». (En ocasión de instalar al nuevo Directorio nacional del Partido, 7 de abril de 1926; en Discorsi del 1926, pág. 120).

« El Ministerio de Corporaciones no es un órgano burocrático, ni tampoco pretende substituir a las organizaciones sindicales cuya acción debe ser necesariamente autónoma, dirigida a encuadrar, seleccionar y mejorar a sus adherentes. El Ministerio de Corporaciones es el órgano que, así en el centro como en la periferia, realiza la corporación integral y permite alcanzar el equilibrio entre los intereses y las fuerzas del mundo económico. Realización posible en el terreno del Estado, porque solamente el Estado trasciende de los

intereses contrastantes de los individuos y de los grupos, para coordinarlos según un fin superior ; realización facilitada por el hecho de que todas las organizaciones económicas reconocidas, garantidas, tuteladas en el Estado corporativo, viven en la órbita común del Fascismo ». (En la inauguración del Ministerio de Corporaciones, 31 de julio de 1926 ; en Discorsi del 1926, pág. 250).

«Hemos constituido el Estado corporativo y fascista, el Estado de la sociedad nacional, el Estado que reúne, controla, armoniza y atempera los intereses de todas las clases sociales, las cuales se sienten todas igualmente tuteladas. Y en tanto que antes, durante los años del régimen democrático-liberal, las masas trabajadoras miraban con desconfianza al Estado, se hallaban fuera del Estado, estaban contra el Estado, consideraban al Estado como a enemigo de cada día y de cada hora, hoy ya ningún italiano que trabaja deja de buscar su propio lugar en las corporaciones, en las federaciones, porque entiende ser una molécula viviente de ese grande, inmenso organismo viviente que es el Estado nacional corporativo fascista». (En ocasión del IV aniversario de la Marcha sobre Roma, desde el balcón del palacio Chigi, 28 de octubre de 1926 ; volumen citado, pág. 340).

(17) «La guerra ha sido «revolucionaria», en el sentido de que ha liquidado, en ríos de sangre, el siglo de la democracia, el siglo del número, de la mayoría, de la cantidad». (Da che parte va il mondo — « Hacia donde va el mundo » — en la revista Gerarchia, 1922, y en Tiempos de la revolución fascista, pág. 37).

(18) Véase nota 13.

(19) « La raza: se trata de un sentimiento, no de una realidad ; el 95 % es sentimiento ». (E. Lud-wig, Coloquios con Mussolini, pág. 75).

(20) «Una nación existe en cuanto sea un pueblo. Un pueblo asciende en cuanto sea numeroso, laborioso y ordenado. El resultado de este trinomio fundamental es el poderío ». (En la Asamblea general del Régimen, 10 de marzo de 1929 ; en el volumen de Discursos de 1929, edic. it., pág. 24).

« El fascismo no niega el Estado ; afirma que no se puede concebir una sociedad cívica nacional o imperial sino bajo especie de Estado ». (Stato, antistato, fascismo — «Estado, anti-Estado, fascismo » — en la revista Gerarchia, 25 de junio de 1932, y en Tiempos de la revolución fascista, pág. 94).

« Para nosotros, la nación es sobre todo espíritu, y no solamente territorio. Ha habido Estados que han poseído inmensos territorios y que no dejaron huella alguna en la historia humana. No es solamente número, porque en la historia también ha habido Estados muy pequeños, microscópicos, que legaron documentos memorables, imperecederos, en el arte y en la filosofía.

«La grandeza de la Nación es el conjunto de todas estas virtudes, de todas estas condiciones. Una Nación es grande cuando traduce én la realidad la fuerza de su espíritu». (Discurso de Nápoles, 24 de octubre de 1922 ; en I discorsi della rivoluzione — « Los discursos de la revolución» — Milán, ed. Imperia; 1923, pág. 58).

« Queremos unificar a la nación en el Estado soberano, que está por encima de todos y puede estar contra todos, porque representa la continuidad moral de la Nación en la historia. Sin Estado no hay tampoco Nación. Solamente hay aglomeraciones humanas, susceptibles de todas las desintegraciones que la historia les puede infligir ». (En el Consejo nacional del Partido fascista, 9 de agosto de 1924 ; en el volumen La nueva política de Italia, IV edición, ya citada, pág. 319).

(21) «Yo creo que los pueblos,.... si es que quieren vivir, tienen que desarrollar una cierta voluntad de potencia; de otro modo, vegetan y malviven, y terminan por ser presa de otro pueblo más fuerte y que posee mayormente desarrollada dicha voluntad de potencia ». (Discurso en el Senado, 28 de mayo de 1926).

(22) «Es el fascismo el que ha forjado el carácter de los italianos, quitando de nuestras almas toda escoria impura, templándolo para todos los sacrificios, dando a la fisionomía italiana su verdadero aspecto de fuerza y belleza ». (Discurso de Pisa, 25 de mayo de 1926 ; en el volumen Discursos de 1926, edic. ital. citada, pág. 193).

« No será inoportuno ilustrar el carácter intrínseco, la significación profunda de la Leva fascista. No se trata tan sólo de una ceremonia, sino de un momento importantísimo del sistema de educación y de preparación totalitaria e integral del hombre italiano que la Revolución fascista conceptúa como uno de los cometidos fundamentales e indispensables del Estado, más aún, el fundamental sin mas. Toda vez que el Estado no lo desempeñe o acepte discutirlo, compromete, sencillamente, su derecho mismo a existir». (En la Cámara de Diputados, 28 de mayo de 1928 ; en Discursos de 1928, edic. ital. ya citada, pág. 68).